

# *El anarquismo español decimonónico*

*Antonio López Estudillo*

Universitat de Girona

El anarquismo se difundió en España en el último tercio del siglo XIX y por la implantación que alcanzó en esa época puede ser considerado como una vanguardia muy activa. Un colectivo muy ideologizado y militante que en algunas breves etapas llegó a ser relativamente nutrido -entendiendo por ello la existencia de núcleos anarquistas en casi dos centenares de poblaciones españolas y hasta una decena de miles de anarquistas convencidos y organizados<sup>1</sup>—, lideró amplios segmentos del societarismo obrero y consiguió impulsar la formación de centrales sindicales que ampliaron su incidencia social. El anarquismo iría transformándose en un movimiento complejo, con tendencias, aspiraciones emancipatorias y prácticas de organización y actuación divergentes, que se vio debilitado durante la mayor parte del período tanto por sus conflictos internos y las defecciones

---

<sup>1</sup> En 1882 pudo alcanzarse alrededor de ese máximo, y también hacia 1891-1892. Sólo en Andalucía he censado 89 poblaciones con grupos anarquistas o sociedades obreras inequívocamente ácratas, más 49 con algún suscriptor a su prensa, en algún momento en 1890-1893. En 1893 participaron 3.913 ácratas de 104 poblaciones españolas en la elección de delegados para la conferencia anarquista de Chicago, cuando ya estaba remitiendo el auge ácrata de principios de los años noventa y una minoría individualista llamó a boicotear la elección. No desconozco el número de federados de la FRE o la FTRE, el grueso de los cuales compartían algunas ideas libertarias, pero no los cuento como anarquistas en sentido estricto. La simultánea militancia republicana de muchos de sus cuadros locales y los argumentos expresados en gran parte de los escritos de las secciones y federaciones locales muestran su heterogénea composición.

que castigan a las fuerzas muy ocupadas en debates introspectivos, como por la represión recurrente a que se enfrentaron los actos ilegalistas de parte de los suyos y la respuesta casi indiscriminada de las autoridades y las clases dominantes al combate sin tregua, pero pacífico, que impulsaban muchos otros. Una vanguardia ácrata que es comparable con la existente en la época en algunos países europeos (Italia, Francia, Suiza, Bélgica) o poblados por sus emigrantes (Argentina, Cuba), con los que nuestro anarquismo mantuvo diferencias de implantación muy inferiores a las que en todo momento se observaron entre las regiones españolas.

El anarquismo gozó aquí de mayor y más perdurable influencia en el sindicalismo obrero que en la gran mayoría de los países antes citados, pero en contrapartida la afiliación sindical fue en España poco numerosa y discontinua. En el tercio final del siglo XIX el sindicalismo en su conjunto fue casi en todo momento superado en número por las adhesiones con las que contó el republicanismo entre las clases trabajadoras. Unas adhesiones que en gran parte buscaban en él un instrumento de actuación en favor de sus intereses y aspiraciones sociales, además de perseguir la democratización de las instituciones y la modernización general del país <sup>2</sup>.

El anarquismo decimonónico buscó también el concurso de las clases populares sin la mediación del sindicalismo, si bien tampoco entonces operó en un medio inerte, pues coexistía con otras tradiciones que seguían muy vivas, y con tendencias organizadas de militancia más numerosa y difundida, aunque en general poco cohesionadas ideológica y políticamente. Por una parte, el anarquismo afirmó su existencia autónoma en el terreno del debate teórico. Desplegó un activo proselitismo desde sus grupos de afinidad y Círculos de Estudios Sociales, mediante publicaciones periódicas y folletos

---

<sup>2</sup> Junto al horizonte de reformas sociales que el republicanismo de raíz popular aspiraba alcanzar, y que en los federales condujo a programas muy detallados que se consideraron en los escritos y discursos del anciano Pi y Margall y de sus seguidores como un punto de partida a profundizar, está la actuación diaria reivindicativa de las bases republicanas. Sus clubes, comités, voluntarios de la república, etc., impulsaron movilizaciones en exigencia de trabajo y auxilio para los parados agrarios y urbanos, reivindicaciones laborales específicas, y limitaron el deterioro de las condiciones de trabajo cuando las sociedades de oficio se desorganizaban. Fuera de cortos períodos el sindicalismo fue poco numeroso. Incluso en la agitada primavera de 1891 entre todas las tendencias apenas sumaban 300 sociedades con 40.000 asociados según P. Iglesias.

baratos y de amplia difusión<sup>3</sup> y revistas de cuidada edición como *Acracia*. Por otra parte, los anarquistas, en cuanto tales, estimularon con su prédica y ejemplo la protesta espontánea y radical en situaciones de gran tensión y conflictos en curso a los que pretendieron imprimir orientación revolucionaria, siendo más frecuente su defensa del espontaneísmo en períodos y ante colectivos en los que su debilidad no le permitía una participación más organizada y sobresaliente.

Gran número de estudiosos han apuntado que el espontaneísmo, o la confianza de los anarquistas en la justicia de casi toda causa popular y en el acierto de sus formas de acción directa instintivas sin directores ni programas previos, fue un rasgo crucial para explicar el éxito del anarquismo español. Es fácil mostrar escritos de Bakunin o Kropotkin en esa línea, e innegable que esa predisposición fue más destacada en los anarquistas que en otras tendencias, y que ello les permitió conectar con ambientes obreros con culturas, tradiciones de lucha y condiciones materiales muy diversas. Pero es fácil caer en simplificaciones erróneas. Los elogios del anarquismo hispano a la presunta espontaneidad de muchos conflictos reflejan con frecuencia sólo un modo de informar y solidarizarse con luchas cuyos objetivos y desarrollo aprobaban, y en las que no habían tenido participación ni deseaban citar la intervención de otras fuerzas para preservar su imagen como sujeto único del proceso revolucionario<sup>4</sup>. Por otro lado, cuando la FRE y la FTRE alcanzaron su mayor influencia fijaron el estudio *científico* de las condiciones objetivas de victoria como procedimiento previo para aprobar las *huelgas reglamentarias*) con la pretensión nada oculta de evitar que el espontaneísmo con-

---

<sup>3</sup> Estamos lejos, no obstante, de los folletos con ediciones de cientos de miles de ejemplares del siglo xx. *La Revista Social* tiraba unos 9.000 ejemplares en marzo de 1882, y 18.000 seis meses después, con contenidos muy centrados en informaciones de la organización obrera y sus luchas sindicales, manifiestos de secciones y excelentes informes sobre las condiciones de trabajo. En un momento de debilidad más característico del conjunto del período, *El Productor* vendía 2.500 ejemplares (*El Productor*, 19 y 26 de agosto de 1887) cuando era el periódico ácrata de mayor difusión y heredero de la red de distribución de *Bandera Social*. El PSOE mantuvo un esfuerzo más organizado y permanente por difundir su prensa. En los años noventa puede que *El Socialista* y *La Lucha de Clases* alcanzaran un máximo de ventas superior al obtenido por la prensa ácrata antes de las leyes de represión del anarquismo, pese a su menor afiliación.

<sup>4</sup> Ello se repitió en 1873 con sucesos protagonizados por los voluntarios de la República, y fue común en todo tiempo ante conflictos obreros de los que tuvieron noticia por la prensa generala militantes aislados.

dujese a la proliferación de las huelgas. Esas federaciones tampoco prestaron su aceptación a cualquier tipo de conflicto social o exigencia popular expresada de modo radical, y no es adecuado, por ello, concluir que el anarquismo se limitó «a proporcionar una simple etiqueta a los hábitos políticos tradicionales de los revolucionarios españoles» 5. Es interesante al respecto la reacción que observó la prensa aliancista en relación con las ocupaciones de tierras en el año 1873. Disintiendo con lo escrito por Bakunin sobre situaciones análogas, tanto *La Federación* como *La Revista Social* manifestaron censuras propias de un purismo doctrinal colectivista frente a los objetivos que supusieron que perseguían esos campesinos 6, aunque criticasen también el rigor con que fueron reprimidos.

Es cierto, no obstante, que en un contexto diferente, el de la violenta represión del internacionalismo tras la cantonal, una FRE minúscula y más identificada con el anarquismo justificó y estimuló protestas espontáneas de campesinos hambrientos y venganzas sociales, además de ejecutar otras mediante sus grupos de acción siguiendo protocolos de actuación preestablecidos. Esa opción legitimaba la ira impotente de sus militantes perseguidos y aislados, y trataba de conciliar de algún modo su debilidad extrema y el clima de inminencia revolucionaria que afirmaban que existía, cultivando el mito del pequeño alzamiento capaz de arrastrar tras de sí a las masas. Una contradicción que en estas décadas se resolvió al menos en tres ocasiones con la intervención de los cuadros anarquistas para disuadir a pequeños grupos de militantes andaluces decididos a intentarlo 7.

---

5 HOBBSAWM, E.: *Revolucionarios, ensayos contemporáneos*, Barcelona, Ariel, 1978, pp. 112, 130-131.

6 *La Revista Social*, 2 de mayo de 1873, y *La Federación*, 5 de abril y 24 de mayo de 1873, que retomaban reservas ya expresadas por el sevillano *La Razón*, 23 de noviembre de 1872, frente a los objetivos declarados por quienes participaban en una insurrección federal intransigente. Menos críticos con las ocupaciones serían los comentarios de *El Condenado*, 18 de marzo, 13 y 20 de abril de 1873, el portavoz más definidamente bakuninista, y también los del rival «marxista» *La Emancipación*, 22 de marzo de 1873. LÓPEZ ESTUDILLO, A.: *Republicanism and anarquismo en Andalucía. Conflictividad social agraria y crisis finisecular (1868-1900)*, Córdoba, Ediciones de La Posada-Ayuntamiento de Córdoba, 2001.

7 En los años setenta la comisión federal de la FRE clandestina frenó un movimiento aislado según A. LORENZO. En enero de 1892, Salvochea desanimó desde la cárcel otro de mayores dimensiones en Jerez, aunque a instancias de personajes secundarios como el *Madrioleño* doscientos o trescientos de los reunidos marcharon a Jerez y produjeron disturbios, dejándoseles actuar largo rato por el alcalde y el

Algo distinto es el hecho de que a partir de la difusión generalizada de los grupos de afinidad, a fines de los años ochenta, casi toda demanda o medio de agitación pudo contar con el apoyo de algún colectivo ácrata, sin que ello vinculase al conjunto de un movimiento en el que podían predominar quienes juzgaran inaceptables y contraproducentes sus objetivos o procedimientos. La exaltación de la espontaneidad, en fin, fue un signo distintivo reivindicado por el sindicalismo revolucionario a partir de la Federación de Resistencia al Capital (1888), como señalaré más adelante.

Junto a esa proyección más autónoma, muchos anarquistas mantuvieron una lucha compartida con personas de otras ideologías o sin filiación definida en buen número de ámbitos comunes, como el impulso de una enseñanza racionalista y opuesta a los valores hegemónicos, la resistencia a la influencia cultural y social de la Iglesia católica, la actuación frente al atropello de las libertades, etc., que constituyeron aspectos muy importantes en la actividad del conjunto de los sectores populares y progresistas en el contexto de subordinación y reducidas expectativas revolucionarias que prevaleció durante la Restauración. Unas actividades conjuntas en las que no faltaría la rivalidad por su orientación y capitalización, que a menudo sería lo destacado por una prensa militante siempre atenta a subrayar los rasgos distintivos para afirmar la propia personalidad. En ellas se produjo una constante interinfluencia entre las distintas tendencias <sup>8</sup>. Y hubo un amplio espacio para quienes combinaban con eclecticismo, y en grados distintos en cada cuestión, las aspiraciones finales, las justificaciones teóricas y las propuestas de intervención inmediata defendidas por unas u otras corrientes organizadas. Es difícil precisar la influencia de los ácratas en esos campos compartidos, pues la actuación en ellos no respondía estrictamente a las ideas de cada uno respecto a la política o la sociedad del porvenir. Es indudable que la actividad e incidencia social de los anarquistas excedió amplia-

---

jefe de la guarnición antes de intelVenir, como censurarían concejales, parlamentarios y prensa del distrito. En septiembre de 1892 se fraguó otra intentona en la campiña, probablemente en Marchena o Paradas y ligada a anarquistas de acción de Sevilla, que la redacción de *La Anarquía* consiguió frenar. En comparación, republicanos y carlistas tuvieron menos éxito en evitar el alzamiento de partidas aisladas.

<sup>8</sup> Véanse las sugerencias sobre las relaciones entre el laborismo y el comunismo británicos expresadas por THOMPSON, E. P.: «Las peculiaridades de lo inglés», *Historia Social*, núm. 18, 1994, pp. 48-49.

mente su actuación aislada en sus grupos de afinidad y centros específicamente ácratas. Ha de buscarse también en esos campos de actuación compartida, y entre las influencias que llevaron a adoptar estrategias más radicales y aspiraciones de transformación social más definidas' a colectivos muy numerosos sin filiación precisa o próximos al republicanismo. No se debe menospreciar la incidencia que alcanzó el anarquismo a través de su intensa actividad. Pero tampoco aceptar su identificación con el conjunto del internacionalismo u otros ámbitos de actuación compartida, o su real o presunta posición hegemónica en ellos, tomando como información casi exclusiva una documentación militante que seleccionó sus informaciones e interpretación con interés proselitista, y en la que lecturas más atentas permiten advertir importantes contradicciones<sup>9</sup>.

En cualquier caso, la situación del anarquismo español no conoció por entonces la excepcionalidad que vivió en el período comprendido entre la Primera Guerra Mundial y 1939, cuando los anarquistas españoles alcanzaron un importante auge al tiempo que la incidencia militante del anarquismo conocía en casi todo el mundo un acusado declive. Una decadencia relacionada con un amplio catálogo de circunstancias: la creciente capacidad del sistema político en bastantes países para integrar en el juego institucional a las opciones socialistas, y para satisfacer reivindicaciones populares mediante leyes sobre las condiciones laborales, pensiones u otras; la revolución bolchevique, la extensión del comunismo y el grado en que reemplazó al anarquismo en medios obreros radicales; las inciertas expectativas de éxito de una revolución anarquista espontánea tras la fortaleza mostrada en el plano militar por los Estados modernos y su activo intervencionismo exterior frente a la consolidación de experiencias revolucionarias; el aplastamiento por el fascismo del anarcosindicalismo italiano; o

---

<sup>9</sup> La prensa militante ocultó cuanto contradecía las tesis de sus redactores, como la masiva militancia republicana de los internacionales. Se negó a reproducir manifiestos de sus federaciones cuando discrepó de su orientación, y ocasionalmente censuró párrafos de ellos que sí reprodujo la prensa local. Las Actas de los consejos y comisión federal de la FRE (1870-1874) también se emplearon como instrumento de propaganda. De ahí que su resumen de la correspondencia recibida de sus organizaciones locales evitase aspectos sensibles y cambiara el sentido de las misivas, como puede advertirse comparándolas con las respuestas a esas cartas, sobre todo en épocas de disensiones. No identifiqué en ello algo específico al anarquismo. Fue un comportamiento común en otras vanguardias que pretendían ser reconocidas como único referente revolucionario por colectivos numerosos.

el limitado esfuerzo o éxito de los ácratas al redefinir aspiraciones y modelos de intervención política capaces de motivar a las masas trabajadoras de las sociedades industriales<sup>10</sup>, y su menguante vocación sindical al afirmarse marcos de negociación más regulada, menos atractivos a los anarquistas e inadecuados para las tácticas del sindicalismo revolucionario. Frente a ese declive internacional, los anarquistas lograron participar en la dinámica de movilización política creciente que afectó al conjunto de la sociedad española, y lideraron un importante movimiento de masas alrededor de la CNT. Una confederación obrera liderada por anarcosindicalistas cuya composición ideológica plural<sup>11</sup>, y la evolución de sus apoyos en los años treinta en un sentido análogo al del anarquismo internacional<sup>12</sup>, se han visto algo eclipsadas en una historiografía más atraída por las interpre-

---

<sup>10</sup> La reflexión sobre cuestiones que siguen de actualidad (amor y relaciones interpersonales, ecología y sociedad, etc.) o el impulso de comportamientos alternativos en pequeños colectivos no frenaron el declive de la capacidad de intervención política del anarquismo. En España también existieron esas proyecciones más individualistas del anarquismo, que recientemente están centrando un renacer de las investigaciones sobre el movimiento anarquista. Pero no cabría buscar en ellas los motivos del éxito diferencial del anarquismo hispano de la época.

<sup>11</sup> García Oliver evocó el «complejo ideológico de que estaba compuesta [la CNT]: obreristas creyentes en el porvenir de la clase obrera eran la mayor parte; sindicalistas revolucionarios y sindicalistas reformistas, les seguían en importancia; colectivistas y comunistas, con influencias marxistas, bakuninistas y kropotkianas; anarquistas *sui generis* y anarquistas individualistas; liberales pacifistas y liberales radicalizados (entre los que el autor incluía al anarquismo tipificado por la familia Montseny); republicanos jacobinos y republicanos federales». GARCÍA OUVÉR, J., *El eco de los pasos*, Barcelona, Ibérica de Ediciones y Publicaciones, 1978, p. 621.

<sup>12</sup> CNT alcanzó su máximo en 1931-1932 y perdió después gran parte de sus afiliados. Dos de los motivos principales serían, a mi juicio, la conflictiva relación del anarcosindicalismo con los nuevos marcos de negociación y regulación, que permitió a UGT y otras organizaciones capitalizar la firma de convenios provinciales y reformas laborales, agrarias u otras; y la instrumentalización del sindicalismo por los impulsores de la denominada *gimnasia revolucionaria* (huelgas generales, insurrecciones, etc.) destinada a mantener vivo el espíritu revolucionario y evitar la consolidación del reformismo republicano. No sólo la represión, también el reformismo y capacidad de integración social de la república favoreció el declive del anarquismo: en mayo de 1936 CNT tenía en Cataluña sólo el 45 por 100 de afiliados que en junio de 1931, y en Andalucía el 50 por 100 que en diciembre de 1931; TAVERA, S., y VEGA, E.: «L'afiliació a la CRT de Catalunya: entre l'euforia revolucionaria i l'ensulsiada confederal, 1919-1936», en *Col.loqui Internacional «Revolució i Socialisme»*, Departament d'Historia Moderna i Contemporània (UAB), 1989, vol. II; MAURICE, J., *El anarquismo andaluz. Campesinos y sindicalistas, 1868-1936*, Barcelona, Crítica, 1990, p. 28.

taciones militantes, épicas o críticas, sobre la participación de los anarquistas en la Guerra Civil y los proyectos de transformación social que se impulsaron en la retaguardia.

Como en el resto de Europa, el anarquismo alcanzó en España su primera expansión en el seno de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) en la etapa de agitación social que concluyó con la comuna de París, y en España con la insurrección cantonal. Un período de cambios políticos de gran alcance en Italia, Francia, España, etc., en los que participaron activamente las clases trabajadoras, y durante el cual amplios sectores populares creyeron en la proximidad de cambios sociales revolucionarios. Fue en esos años cuando las clases trabajadoras alcanzaron en España su mayor influjo en la dinámica política en todo el siglo XIX. Una influencia que derivó principalmente de su masiva militancia en el republicanismo y en los voluntarios de la libertad o de la república, que hasta la derrota de la insurrección federal de otoño de 1869 y durante 1873 cuestionaron el monopolio de las armas y la capacidad coercitiva del ejército y la policía. Desde esas bases organizativas las clases populares condicionaron la dinámica política —a veces crucialmente, como en Madrid el 23 de abril de 1873 al hacer fracasar el cambio de rumbo que otras fuerzas pretendían imprimir a la República—, y localmente impusieron sus demandas. Con objetivos y procedimientos criticados por la mayor parte de los dirigentes nacionales republicanos, esos colectivos impulsaron el reemplazo de las autoridades elegidas durante el reinado de Amadeo; la adquisición de armas para dotar a nuevos batallones de voluntarios ya alistados de los que dependía en alto grado su influencia; políticas fiscales de claro sesgo social (supresión de tributos indirectos sobre productos de consumo popular, imposición de fuertes contribuciones extraordinarias a la gran burguesía); medidas para favorecer la situación de los desocupados (demolición de edificios religiosos y militares, obligación de empleo en fincas rústicas y en reparaciones en inmuebles deteriorados, subsidios a parados con cargas familiares); exigencias de reversión al dominio público de tierras comunales u otras irregularmente privatizadas y de devolución de parcelas a los beneficiarios de antiguos repartos a quienes se desposeyó de ellas bajo gobiernos precedentes, etc. Unas iniciativas que fueron particularmente radicales y extendidas en las ciudades andaluzas, aunque distaron incluso allí de ser generales ni gozar de continuidad, pues sólo en contadas zonas de España



y a escala municipal se observó esa irrupción de las clases populares en las esferas de decisión.

El obrerismo también alcanzó su elevada incidencia social en esos años gracias al internacionalismo. A una Federación Regional Española de la Internacional en la que los aliancistas, núcleo originario del anarquismo español, constituyeron la tendencia más cohesionada, constante en su trabajo en la Internacional, e influyente en su prensa y organismos directivos, aunque convendría redimensionar la influencia efectiva que el aliancismo de orientación bakuninista ejerció sobre el conjunto del internacionalismo.

La historia del internacionalismo español ha ido fijando una secuencia de hitos sobre su andadura que selecciona actos, documentos e interpretaciones heredadas a veces de visiones muy sesgadas de la documentación interna de la época, de las historias militantes y de la historiografía académica escrita en el tardofranquismo. Así, la importancia crucial atribuida a la visita de G. Fanelli, que en nuestros días ha cuestionado F. Madrid<sup>13</sup>, parte de la escisión de la FRE y la AIT en 1872. Cuando se cuestionó la legitimidad y significado de la actuación de la Alianza en el seno de la AIT, quienes defendían las ideas *antiautoritarias* de la Alianza subrayaron el papel clave que tuvo para la difusión de la AIT la visita de Fanelli, acordada por la Alianza de la Democracia Socialista de Ginebra, cuando la AIT no era conocida en España<sup>14</sup>. En esa secuencia destacan además el Manifiesto de los trabajadores internacionales de la sección de Madrid a los trabajadores de España del 24 de diciembre de 1869; los acuerdos del congreso de Barcelona de junio de 1870; una influencia de la comuna que (supuestamente) habría reforzado el antipoliticismo ácrata en la FRE; los (inexistentes) pronunciamientos de «la inmensa mayoría de las federaciones locales» españolas en enero

---

<sup>13</sup> *Antología documental del anarquismo español*, vol. 1, *Organización y revolución: de la Primera Internacional al Proceso de Montjuic* (1868-1896), Presentación, selección y notas de F. MADRID Y C. VENZA, Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo, 2001, pp. 21-29. Primer volumen de un ambicioso proyecto iniciado por un ensayo de F. MADRID sobre el anarquismo decimonónico, desde una perspectiva que aúna la formación académica y la proximidad ideológica al movimiento estudiado.

<sup>14</sup> Entre otros, véanse las referencias en dos artículos de T. GONZÁLEZ MORAGO Y N. MARSELAU reproducidos por LIDA, C. E.: *Antecedentes y desarrollo del movimiento obrero español* (1835-1888), *textos y documentos*, Madrid, Siglo XXI, 1973, pp. 267 y 275.

y febrero de 1872 en favor de la *circular de Sonvillier* <sup>15</sup>, la escisión de la FRE y aspectos relativos a ella del congreso de Córdoba; o la versión de la comisión federal sobre el establecimiento y significado de la república y respecto a la cantonal <sup>16</sup>.

Esos hitos fueron significados en la historia de la FRE, pero su interpretación y la omisión de otros actores y etapas ha tendido a reducir el internacionalismo a las propuestas de sus vanguardias más ideologizadas e implicadas con las facciones enfrentadas en la AIT, o lo han identificado con una aparente progresión lineal en la afirmación doctrinal del ideario anarquista. En conjunto, ello deja en la oscuridad largas fases de la FRE, prescinde de la dinámica de las uniones de oficio y de la actividad cotidiana de las bases internacionalistas, simplifica en extremo los avatares de la relación de esas vanguardias con la base militante del movimiento de masas republicano federal, y proporciona una imagen distorsionada sobre la incidencia que alcanzaron dentro de la militancia internacionalista las posiciones más específicamente anarquistas, y sobre la cronología con la que se produjeron los avances y retrocesos de esas ideas en la militancia.

La historia de la FRE fue más contradictoria, y la afirmación de las ideas anarquistas fue bastante lenta y siempre parcial. Hasta la insurrección federal de octubre de 1869 los núcleos que se adhirieron al naciente internacionalismo militaban casi todos en el federalismo. Sus secciones se constituyeron dentro de clubes republicanos y con sus socios como ocurrió en Cádiz, o eran entidades de esa adscripción, incluyendo buen número de cooperativas, algunas de

---

<sup>15</sup> TERMES, J.: *Anarquismo y sindicalismo en España. La Primera Internacional (1864-1881)*, Barcelona, Crítica, 1977, p. 156, que lo toma, sin citarlo, de historias militantes. Ello habría supuesto una declaración precoz y general en favor de las tesis de BAKUNIN... que simplemente no existió. En un momento de agudización de la represión, apenas en Madrid y Palma se pronunciaron en ese sentido. Los debates y acuerdos del congreso de Zaragoza y las reacciones contrapuestas ante el congreso de S. Imier muestran con claridad su inexactitud.

<sup>16</sup> Véase la distribución de espacios y la carga argumental que descansa en esos episodios en las antologías citadas de C. E. LIDA y de F. MADRID y C. VENZA, en NEITLAU, M.: *La première Internationale en Espagne, 1868-1888*, Dordrecht, D. Reidel, 1969; o en J. TERMES, cuya interpretación es mucho más matizada y atenta a la diversidad de tendencias internas, principalmente en Cataluña. Un tratamiento más equilibrado por etapas en LORENZO, A.: *El proletariado militante*, Prólogo y notas de José ÁLVAREZ JUNCO, Madrid, Alianza Universidad, 1974, como corresponde a su protagonismo personal en 1871-1872 ya la posición que adoptó en ese período.

las cuales expresaron interpretaciones radicales sobre la propiedad colectiva de la tierra (El Arahál) o fueron la plataforma de actuación de uno de los primeros núcleos ácratas con influencia en el obrerismo (Málaga). El grupo formado por Fanelli en Madrid pasó sucesivamente por un carbonarismo nihilista republicano bajo presidencia de Ángel Cenagorta, y por la construcción de edificios en régimen cooperativo con el pintor Juan Jalbo. Tomás González Morago, el internacional más significado por su bakuninismo, llegó a abandonar el núcleo internacionalista por falta de apoyo a sus ideas. Sólo cuando la insurrección federal de octubre de 1869 desorganizó ese núcleo se hizo cargo del local junto a cuatro jóvenes y reinició la propaganda, reservando el antipoliticismo aliancista para un pequeño grupo de iniciados y evitando con el grueso de los afiliados incluso la afirmación precisa del colectivismo, prefiriendo «darles un criterio general, llamándoles a la Internacional como medio seguro para poder influir en su mejoramiento», como señaló en su correspondencia<sup>17</sup>. En Barcelona, Farga Pellicer sólo escribió a Bakunin aceptando plenamente el ideario de la Alianza en agosto de 1869, y desde entonces irían insertándose textos en *La Federación* acordes a sus nuevas ideas junto con otros de distintas tendencias.

La insurrección federal implicó un momento de ruptura. Por una parte, provocó una amplia desorganización en el internacionalismo inicial y la pérdida de contacto de los aliancistas de Barcelona y Madrid con lo que quedó de los colectivos que se habían adherido a sus proyectos. En Andalucía, por ejemplo, la distribución de *La Federación* se redujo de unos 800 ejemplares semanales a menos de 200. En ese contexto, la falta de capacidad mostrada por los dirigentes republicanos creó un motivo de insatisfacción, y los núcleos aliancistas acentuaron la difusión de ideas antipoliticistas y anties-tatistas siguiendo el consejo del suizo Becker, al tiempo que la prensa republicana reducía su antes profusa inserción de documentos de

---

<sup>17</sup> Cartas de T. González Morago a Ginebra de 18 de diciembre de 1869 y 4 de enero de 1870 y respuesta. Morago abandonó en 1869 y también la comisión federal en agosto 1871, al quedar en minoría y estimar inútil su actividad. Los procedimientos tenían para él un carácter accidental, lo mismo se entrevistó con Pi y Margan en representación de los internacionales de Sanlúcar, que falsificó billetes de banco, y entendió antes que otros aliancistas el carácter subversivo de las ocupaciones de tierras y el voluntariado radicalizado. Su papel en el triunfo del bakuninismo fue crucial, como afirma ÍÑIGUEZ, M.: *Esbozo de una enciclopedia histórica del anarquismo español*, Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo, 2001, pp. 280-281.

la AIT y de sus promotores hispanos y criticaba esas ideas. De esa etapa es el manifiesto de Madrid de fines de 1869. Según ese escrito, los trabajadores sólo tenían un interés muy reducido en la conquista de derechos y libertades políticas, pues sin igualdad económica su ejercicio nunca sería pleno ni exento de coacciones. El conjunto de los trabajadores, al margen de las ideas o militancia política o religiosa que quisieran mantener, debían organizarse como clase para defenderse de los abusos patronales o para reducir las horas de trabajo, y hacerlo solidariamente con los internacionales de media Europa para que su éxito no dependiera de los escasos fondos de la caja de resistencia de cada sección. La nueva organización sostendría servicios que proporcionarían ventajas muy perceptibles al conjunto de la clase, a diferencia de las cooperativas de producción promovidas por prohombres del republicanismo que sólo beneficiaban a los trabajadores menos explotados que ya disponían de los recursos iniciales precisos. Los internacionales, en fin, lucharían por una sociedad en la que reinase la «igualdad política, económica y social de las clases y los individuos», pues sólo en ella los trabajadores estarían en plenas condiciones para ejercer las libertades de las que otros ya gozaban en el presente <sup>18</sup>.

Por otra parte, el partido republicano adoptó un giro de claro signo conservador en los meses posteriores a la insurrección. De su inicial andadura como un movimiento complejo -con organizaciones políticas, entidades obreras adheridas, batallones de voluntarios adictos, etc.-, en el que el esquema representativo de los pactos permitía gran capacidad de iniciativa a su masiva militancia popular, se fue pasando a un modelo de partido más clásico, en el que la minoría parlamentaria y un reducido directorio ejercieron el control y lo encaminaron hacia pactos electorales y parlamentarios con otros partidos. Los consistorios desde los que el primer federalismo introdujo medidas acordes a las demandas de su base social popular fueron destituidos, y desarmado el voluntariado adicto que permitió adoptar esas iniciativas de cuestionable legalidad y objeto de fuerte contestación por los grupos sociales perjudicados. El grueso del asociacionismo obrero mantendría su proximidad al republicanismo' pero en mayor medida que antes, al margen de la estructura partidista. Sus demandas de reformas y aspiraciones emancipatorias

---

<sup>18</sup> *Antología documental, op. cit.) pp. 97-110. LIDA,Op. cit.) pp. 177-191.*

comprometerían menos al partido, y tendrían más difícil cauce para conseguir que éste las asumiese <sup>19</sup>, pues los dirigentes republicanos trataban de evitar su identificación exclusiva con las clases trabajadoras y la significación social subversiva que inicialmente adquirió el federalismo.

En ese contexto, el internacionalismo restableció el contacto con la mayoría del societarismo obrero y consiguió una masiva participación en el congreso de Barcelona que constituyó la FRE. El congreso rechazó el cooperativismo como instrumento de emancipación social, si bien aceptó la formación de cooperativas subordinadas a las federaciones locales para abaratar las subsistencias, proporcionar recursos para la instrucción o el socorro de necesitados y huelguistas, y para atraer a la Internacional a trabajadores menos radicales. La FRE pondría todo el énfasis en la acción sindical y en las cajas de resistencia. Las ventajas atribuidas a la lucha sindical eran múltiples. Deslindaban en su práctica a las clases en conflicto, negaban la «armonía» entre clases proclamada en los proyectos reformistas, y mejorarían las condiciones materiales e intelectuales de los trabajadores, lo que los situaría en condiciones más favorables para la lucha por su plena emancipación. Pero el debate más polémico se centró en la relación entre la Internacional y la política. En su aprobación se mantuvo el acuerdo entre aliancistas y el grueso del sindicalismo, aunque se impidió con argucias la intervención de líderes destacados (Rubau Donadeu), y se apoyó en un equívoco que por un tiempo obstaculizaría el despegue de la FRE. La conclusión del dictamen recomendó a las secciones que renunciasen a «toda acción corporativa que tenga por objeto efectuar la transformación social por medio de las reformas políticas nacionales», lo que contó con el soporte de cuantos defendían que las sociedades obreras no debían supeditarse a la política de partido alguno, aunque pensarán que sus miembros sí debían participar en la política. Pero en el preámbulo del dictamen se adaptó un acuerdo de un congreso suizo de orientación bakuninista en el que se afirmaban con mayor claridad posi-

---

<sup>19</sup> El programa de reformas de la Asamblea Federal de la primavera de 1872 surgió en una fase distinta, tras la incidencia en las filas federales del ejemplo de la comuna de París y la organización de la tendencia intransigente, cuyo abandono de la Asamblea dejó en suspenso su deliberación.

ciones antipoliticistas y antiestadistas («el Estado es una máquina cuyo continuo movimiento no puede expedir más que el privilegio») 20.

El congreso de Barcelona constituyó un éxito de convocatoria, con 40.000 obreros de 36 localidades representados, y muchos otros adheridos a su celebración. Pero muy pocos de ellos siguieron en la FRE. De septiembre a diciembre apenas cotizaron al mes unos 3.323 federados, y 2.491 en el primer semestre de 1871, cuatro quintas partes de ellos de la federación de Barcelona. La intolerancia gubernativa selectiva frente al internacionalismo obstaculizó la vida pública de bastantes federaciones, y pudo retraer a quienes no encontraban condiciones para la lucha sindical en los reducidos núcleos que sobrevivían. Pero influyó más el vacío que hicieron en torno a la FRE los dirigentes republicanos y buena parte del societarismo que inicialmente participó en el proyecto. Respondían con ello a la descalificación del cooperativismo y de sus aficiones políticas. La rápida evolución ideológica de los primeros internacionalistas dejó atrás al grueso del obrerismo, tal como había temido González Morago 21.

La FRE vivió una penosa travesía del desierto, sólo contó con débiles federaciones de existencia discontinua, que generalmente no llegaban a diez. La estabilización de la situación política, la represión frente al internacionalismo, el aislamiento de éste por el grueso del republicanismo y su inicial intransigencia doctrinal le impidieron capitalizar los muy limitados entusiasmos obreros de esa fase de reacción conservadora dentro del sexenio. Por ese mismo tiempo se redujo la intensidad de la correspondencia con Bakunin y la Federación del Jura, y se mantuvo por quienes pasaron a ocupar un plano secundario en la FRE. Algo que no varió hasta que la publicación sin críticas de las resoluciones de la conferencia de Londres provocó

---

20 *I Congreso Obrero Español (Barcelona, 18-26 de junio de 1870)*, Estudio preliminar y notas de V. M. ARBELOA, Madrid, Ed. V. M. Arbeloa, 1972, pp. 252-258, para el dictamen, y 286 y 319 para los incidentes con Rubau. J. TERMES, *op. cit.*, pp. 120-122, analizó las tendencias presentes, y destacó el elevado número de delegados que no apoyaron los acuerdos, unos 40 de los 74 catalanes presentes. Gran parte de los aliancistas tenían delegaciones *indirectas*. Entre ellos los cinco andaluces, ninguno de ellos trabajador manual y cuyas ideas bakuninistas apenas compartían entonces un grupito de malagueños.

21 En Madrid los acuerdos del congreso de Barcelona fueron contestados en *La Igualdad* por un colectivo de internacionales y miembros del consejo local. Los 2.000 federados madrileños de junio de 1870 se redujeron a 150 cotizantes poco después, y a medio centenar a inicios de 1871. Palma contaba con 1.631 federados en abril, y casi se desorganizó, etc.

la reacción del bakuninismo suizo y de los núcleos más ligados a él en la FRE.

La comuna de París supuso una ruptura en un sentido distinto al que en ocasiones se ha interpretado. El protagonismo que se atribuyó a la Internacional en los sucesos parisinos y la defensa sin ambigüedades que hizo de ellos la FRE atrajo la atención general hacia ella. Al mismo tiempo, la comuna contribuyó a radicalizar a amplios segmentos del federalismo, buena parte del cual tomaría a la Internacional como referente e ingresó en sus filas sin abandonar su politicismo. Ese proceso fue impulsado por *La Federación* y *La Emancipación* al elogiar a muchos periódicos federales por su defensa de la comuna y solidaridad con la Internacional frente a la represión, fomentando en ellos una mayor definición en sus aspiraciones sociales y en su hostilidad a la política conservadora y legalista del directorio federal<sup>22</sup>. Parte de esa influencia derivó del manifiesto sobre la comuna que en nombre de la AIT redactó Marx, y que en España alcanzó precoz y extensa difusión, sin suscitar rechazo por su politicismo municipalista y proletario<sup>23</sup>. La comuna había contribuido a matizar

---

<sup>22</sup> La prensa internacionalista afirmaría que en el seno del Partido Republicano se estaba desarrollando una tendencia distinta y opuesta al conservadurismo del directorio, del que era portavoz gran parte de su prensa de provincias, «compuesta en su mayor parte de órganos de las clases trabajadoras, o inspirada por hombres pertenecientes al antiguo partido republicano socialista, que aman la justicia con desinteresado amor», «se ha operado un brusco cambio con respecto a la Internacional, pues a excepción de los santones, que esperaban figurar y enriquecerse con la república, los hombres de sano corazón, los que aman la justicia [...] son ya entusiastas partidarios de la Internacional. Nuestras secciones de oficio van, pues, a reforzarse lo que resta de año con muchos miles de trabajadores republicanos y de otros partidos», *La Emancipación*, 9 de octubre de 1871, y *La Federación*, 12 de noviembre de 1871. Entre los periódicos elogiados, *La Razón* (Sevilla), *El Derecho* (Córdoba), *El Pendón Italiano* (Montilla), *La Justicia* (Málaga), *La Libertad* (Granada), *El Obrero* (Murcia), *El Comunero de Castilla* (Toledo), *El Despertar del Pueblo* (Valencia), *El Cantón Extremeño* (Plasencia), etc., los redactores y suscriptores de varios de los cuales dieron origen a buen número de federaciones internacionalistas.

<sup>23</sup> Se publicó sólo cinco semanas después que en Londres por *La Emancipación*, entre el 3 de julio y el 4 de septiembre de 1871, y por *La Federación* desde el 17 de septiembre de 1871. También lo reprodujo el federal *La Justicia Social* y, con traducción propia, el diario *La Igualdad*. Artífice de su difusión en España, excepcionalmente amplia en el contexto europeo, fue José Mesa. Antiguo tipógrafo y periodista bien relacionado con los hombres de acción y de doctrina federales (según A. LORENZO, p. 173), a quien se debió un cambio de orientación teórica sutil —el antipolicismo se justificaba por razones de oportunidad: las consecuencias

en los núcleos rectores de la FRE su posición ante la política, y respecto a las posibilidades y conveniencia de colaboración con obreros ligados a otras fuerzas para impulsar el proceso revolucionario. En la conferencia de Valencia la débil FRE se dispuso a abrir sus filas a amplios colectivos que la habían tomado como referente revolucionario, evitando una afirmación doctrinal excluyente. Sus federaciones intentarían impulsar un movimiento de base múltiple con comisiones de propaganda, cajas de socorro para auxiliar a federados enfermos o necesitados, comités de colocación, escuelas, cooperativas de consumo solidarias y otros servicios para atraer a nuevos afiliados. A la estructura diseñada en Barcelona (secciones, federaciones locales y federación regional) se añadieron desde entonces cinco comarcas y, sobre todo, federaciones de oficio para favorecer el ingreso masivo de secciones sindicales. Además, se acordó una definición de la república que pretendía identificar a la masa republicana con los objetivos últimos de transformación social de la FRE: «*La verdadera República democrática federal es la propiedad colectiva) la Anarquía y la Federación económica) o sea) la libre federación universal de libres asociaciones obreras agrícolas e industriales) fórmula que acepta en todas sus partes*»<sup>24</sup>. Una estrategia en conjunto que, a pesar de coincidir con una de las más duras persecuciones y con el inicio de las tensiones que escindirían la FRE y la AIT, multiplicó por cuatro las federaciones y el número de cotizantes en los ocho meses que mediaron hasta el congreso de Zaragoza de abril de 1872. En su mayor parte se trataba de una afiliación atraída por su proyección sindical y menos ideologizada, pero también de colectivos identificados con un municipalismo socialista como el de la comuna, proclives al insurreccionalismo y a menudo próximos o activistas de la naciente facción federal intransigente, muchos de los cuales tuvieron una activísima participación en la insurrección federal intransigente de fines de 1872 y en el movimiento cantonal<sup>25</sup>.

Las famosas disensiones de 1872 entre anarquistas y marxistas afectaron a una parte muy reducida de la militancia, si bien ocupaban

---

de participar en una dinámica dominada por formaciones burguesas-, al que le siguió *La Federación* hasta la ruptura entre ambos.

<sup>24</sup> LORENZO, A.: *op. cit.*) pp. 175-176.

<sup>25</sup> Ese politicismo y aficiones conspirativas discurría a veces por sociedades secretas y exigía objetivos más radicales a los movimientos gestados por los intransigentes, o se opuso a otros, como hizo Marselau frente a Mingorance y otros a fines de 1872 en Sevilla.



los puestos de mayor responsabilidad en la FRE y redactaban su prensa. El congreso de Zaragoza afirmó la línea adoptada en Valencia con el apoyo de todos los sectores. El grupo del consejo federal y editor de *La Emancipación* (poco antes expulsado por el consejo local de Madrid a instancias de Morago) vio aprobada su gestión, y en primera instancia se incluyó en el nuevo consejo federal a sus dos miembros más veteranos y significados, Mora y Lorenzo. No se aprobaron allí declaraciones de signo antiestatista o antipoliticista, ni descalificadoras de esas tesis, y respecto al conflicto en la AIT se optó, a propuesta de Morago, por el acuerdo del internacionalismo belga que defendía la autonomía de las federaciones y consideraba al consejo general como un centro de correspondencia, en oposición a los acuerdos de la conferencia de Londres auspiciados por Marx pero sin afirmar una clara significación ideológica bakuninista. No hubo en el congreso vencedores ni vencidos, pero las dimisiones en el consejo federal (Mora en el congreso, y Lorenzo tres meses después) aislarían al grupo madrileño que junto a Lafargue y la correspondencia de Engels había evolucionado hacia el politicismo. Meses después fueron expulsados de nuevo por un puñado de afiliados de su federación, y su proyecto de Federación Regional quedó pronto en clara minoría<sup>26</sup>.

Las disensiones que movilizaron a más federados en el segundo semestre de 1872 tuvieron como agente al sindicalismo catalán politicista. Primero con motivo de la elección de delegados al congreso de La Haya de la AIT, en la que sus dos candidatos (R. Lostau y J. Bragulat) reunieron en Cataluña más de cuatro mil votos frente a los cinco mil acumulados en toda España por los cuatro candidatos aliancistas, y de su protesta por la división de circunscripciones amañada que otorgó los cuatro delegados a los aliancistas. Después, por la participación de éstos sin mandato previo en el congreso de

---

<sup>26</sup> LORENZO formó parte del núcleo madrileño politicista, y no se privó en sus memorias de censurar «las reuniones de las secciones de la Alianza Socialista en Madrid, Valencia y Barcelona, donde los aliancistas practicaban la propaganda por la imposición hábil mas que por la persuasión y la convicción ilustrada», LORENZO, A.: *op. cit.*, pp. 290-291, 295. Los madrileños escindidos consiguieron la adhesión de unas 19 federaciones locales, o facciones mayoritarias o minoritarias de éstas. Las citadas por TERMES,]: *op. cit.*, p. 177, más Granada y Jerez, varias reingresadas después en la FRE *antiautoritaria*. *El Congreso Obrero de la Federación Regional Española (Zaragoza del 4 al 11 de abril de 1872)*, edición facsímil, Zaragoza, *El Día de Aragón*, 1987, pp. 51, 57-58 y 125.

S. Imier, al que acudieron los disconformes con lo acordado en La Haya. Finalmente, por la intervención de la comisión federal frente a los internacionales que preparaban una huelga general en Cataluña ligada a la insurrección federal intransigente de fines de 1872. Un movimiento en el que participaron gran número de internacionales de todas las facciones (Mora y Bragulat en Barcelona, Mingorance en Sevilla, en Cádiz los afines a la Nueva Federación Madrileña, etc.) y que adoptó un carácter marcadamente socialista<sup>27</sup>. Fueron esas disputas, y no la escisión de los *marxistas*, lo que precipitó la celebración del congreso de Córdoba, así como la gira preparatoria por todo el país de los delegados a los congresos internacionales, en la que apoyaron su conducta 23 federaciones de las 101 constituidas según la estadística del citado congreso.

En Córdoba se rechazó el acuerdo de La Haya de constituir la AIT en un partido político proletario por ser opuesto a la libertad de los afiliados de profesar cualquier idea o militancia (criterio propio del apoliticismo societario), y por distraer la lucha del proletariado encaminada «a destruir todos los poderes y no a conquistarlos» (argumento ácrata). En su lugar aprobó el modelo de AIT con plena autonomía de las federaciones regionales acordado en Saint Imier. Los delegados que no habían pertenecido a la Alianza elogiaron la conducta ejemplar como militantes de los aliancistas, y su derecho a pensar y organizarse como tuviesen por conveniente como un asunto particular suyo y ajeno a la AIT, lo que concordaba con los Estatutos y la doble militancia muy común en otros militantes. Mas allá del cambio en la denominación de los consejos por comisiones, teóricamente ligado a una reducción en sus funciones ejecutivas que no se correspondió con lo acordado sobre la aprobación de huelgas

---

<sup>27</sup> *La Emancipación*, 19 de octubre, 9 y 30 de noviembre y 7, 14 Y 21 de diciembre de 1872, no participó en su gestación, pero una vez iniciada manifestó su apoyo: «mientras dure la lucha, estaremos con nuestros hermanos, con los valientes obreros que derraman su sangre por la santa causa de la emancipación de nuestra causa, estaremos con la revolución», y censuró la inacción de los aliancistas, que en su respuesta también reconocieron el gran número de internacionales participantes en la insurrección intransigente, *La Federación*, 4 de enero de 1873. Las protestas por la elección de delegados al congreso de La Haya de Gracia, Badalona, San Martín de Provensals, Barcelona, Valencia, secciones de la Unión Manufacturera, etc., en *Cartas, Comunicaciones y Circulares del III Consejo Federal de la Región Española*, Transcripción y notas por C. SECO SERRANO y M. T. MARTÍNEZ DE SAS, vals. 1 y II, Universidad de Barcelona, 1972 y 1973.

reglamentarias y otros temas, conviene destacar las posiciones defendidas por una minoría ácrata molesta con la importancia adquirida por lo sindical, pues anticipaba posiciones futuras de gran parte del anarquismo. García Viñas, Pino, Guilino, Yarza y otros propusieron la supresión de los consejos locales (en respuesta quizás a las cortapisas que a sus iniciativas ponían mayorías sindicalistas), la publicación de un diario de propaganda anarquista que la mayoría transformó en un semanario de información estadística y societaria, y rechazaron la rígida regulación sobre cuotas y percepción de subsidios en caso de huelga diseñada para incentivar la afiliación a la FRE de los núcleos sindicalistas. Eran unas contestaciones tempranas al cambio de carácter que había conocido la FRE a partir de la expansión iniciada en otoño de 1871. Pero no sólo eran sindicalistas un número creciente de internacionales, las incorporaciones y vida interna se desarrolló crecientemente alrededor de las Uniones de oficio y gran parte de las secciones de esas Uniones nunca formalizó su afiliación a la FRE -que las consideraba *secciones y federaciones en constitución*- e incluso la comisión de la Unión de Trabajadores del Campo elegida en 1873 instigó a sus secciones a no ingresar<sup>28</sup>.

La instauración de la república motivó el desconcierto en el internacionalismo más identificado con el anarquismo. Es lógico que en sus manifiestos minusvalorasen la trascendencia del cambio de régimen' pero a ello se sumó la incomprensión y falta de reacción o liderazgo respecto al masivo alistamiento obrero en los voluntarios de la república, a la exigencia de recuperación de tierras públicas usurpadas, o a las demandas de regulación laboral, rebaja de inquilinatos, fiscales y otras, que exigían negociación con las instituciones

---

<sup>28</sup> En un dictamen se precisó: «encomendamos que toda sección adherida a una de sus Uniones debe procurarse esté en la Internacional y regirse por los Estatutos regionales». *Extracto de las Actas del Tercer Congreso Obrero de la FRE*, reproducido en folletín por *Boletín de la FRE*. Según la estadística del congreso, las 10 Uniones sumaban 472 secciones de oficio, y la FRE sólo contaba con 352 (al margen de 66 de oficios varios), y no pocas de éstas no se incluían en las 472 por motivo de su oficio u otros, *ibid.*, pp. 8-9 Y 134-143. Ésta es una de las razones de la discrepancia en el número de internacionales: 12.000 en el congreso de Zaragoza -en cuyo folleto se citan los 30.000 que la Unión manufacturera tenía un mes después, p. 128-, 29.000 o 25.000 en el congreso de Córdoba según LORENZO, A.: *op. cit.*, p. 302, o TOMÁS, F.: *La Revista Social*, 14 de febrero de 1884, y 30.000 en su punto máximo según este último. En estos internacionales no se incluyó a gran parte de los afiliados a la Unión Manufacturera, al grueso de las secciones de agricultores catalanas, etc.

y aceptación de normativas reformistas. La comisión federal recibió abundantes cartas de quienes manifestaban su desaliento por la participación masiva de sus federados en esa movilización política y social, un estado de ánimo que compartía a tenor de sus respuestas, y ejerció reducida influencia en los núcleos de internacionalistas que se mostraron más dinámicos. En el primer trimestre de 1873 sólo cotizaron a la comisión federal dos federaciones, y hasta fines de abril sólo refrendaron los acuerdos del congreso de Córdoba una cuarta parte de las federaciones y una sexta de los federados. Una falta de cohesión orgánica e ideológica que limitó la capacidad de la Internacional para impulsar y dirigir movimientos generalizados en toda España, pero que no debería confundirse -limitándose a una lectura pesimista de sus Actas- con una reducida influencia de sus federaciones y de sus afiliados que en cuanto tales o como militantes de la izquierda federal destacaron en el voluntariado y en la política local.

A partir de abril se inició una oleada de huelgas que reactivó el internacionalismo, y a menudo le llevó a formar jurados mixtos (denostados por su prensa). No pocos de sus cuadros locales irán accediendo a ayuntamientos (Córdoba) y diputaciones provinciales (Cádiz, Sevilla) sin abandonar sus ideas, y Morago, García Viñas y otros bakuninistas empezaron a percibir al voluntariado republicano y al federalismo intransigente-internacionalista como potencial agente revolucionario. En las ciudades y el campo andaluz los conflictos por el armamento del voluntariado, por el desempleo, y las huelgas de segadores y su represión conducirán a violentas luchas por el poder local. Unas concluirán con el acceso a los consistorios de líderes internacionalistas afiliados al federalismo intransigente, de modo tumultuoso (Sanlúcar) o más pacífico y ratificado en las urnas frente al resto del republicanismo apoyado por el conservadurismo local (Jerez). En ambos casos intervendría Pi y Margall para evitar la actuación del ejército y normalizar la situación con la mediación de los afines a Salvochea en la diputación gaditana. Otros conflictos derivaron en intentonas armadas fallidas (Sevilla, Carmona), relacionadas como las anteriores con preparativos de internacionales e intransigentes que debían conducir a huelgas generales en Alcoy, Barcelona, Valencia... y en la formación de juntas revolucionarias. Un movimiento cantonal en el que la dinámica local ejerció un neto predominio respecto a las consignas de Roque Barcia o del bakuninista Severino

Albarracín, y en el que los internacionales alcanzaron un notable protagonismo donde poseían fuerza propia, y los segadores presos o huidos a consecuencia de sus huelgas accedieron por unos días al poder local. Una realidad que contrasta con la interpretación de la comisión federal, que tras los sucesos de Alcoy buscó distanciarse de la cantonal, en una circular que rectificaba consignas previas y que no llegó a sus afiliados hasta bastante después de iniciado el movimiento <sup>29</sup>.

Fue en la etapa que siguió a la cantonal -**yen** otros países a la comuna- cuando el anarquismo acentuó su presencia independiente, en un contexto de desmoronamiento de la AIT y de una represión con episodios de exterminio alevoso y masivo de prisioneros que los ácratas evocarían para justificar la adopción de estrategias nuevas y divergentes con las de otros colectivos que militaron en la FRE. En particular, la preferencia por la organización secreta, el impulso de las *reprasalias* -consistentes en daños a los bienes o personas de quienes colectivamente se señaló como enemigos por su actuación social o política, por medio de incendios, talas, vertido de líquidos almacenados, hurtos, secuestros, atentados personales, uso de explosivos, etc.- y los preparativos insurreccionales. Un cambio estratégico que contó en Andalucía occidental con el mayor número de federaciones adictas a esas prácticas, y que alejó de la FRE a un sindicalismo cada vez más reformista y proclive a aprovechar los márgenes de tolerancia que apareciesen, y al final incluso a los anarcosindicalistas que impulsaron la formación de la FTRE. A fines de 1873 la comisión federal ya justificaba las demandas de venganza violenta de colectivos, de perseguidos por la cantonal, y a partir de 1874 las *reprasalias* fueron un tema recurrente en los acuerdos

---

<sup>29</sup> Comparto la interpretación de PIQUERAS ARENAS, J. A.: *La revolución democrática (1868-1874). Cuestión social, colonialismo y grupos de presión*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1992, p. 647: «A la altura de julio de 1873 la Comisión Federal no era más representativa de la conducta de la AIT española de lo que pudiera serlo cada uno de los Consejos de las grandes federaciones locales». La mitificación que la comisión federal hizo *a posteriori* de los movimientos de Alcoy y Sanlúcar no debe ocultar que ambos formaban parte de un movimiento general, ni la doble militancia federal intransigente del consejo local internacionalista de Sanlúcar que encabezó su ayuntamiento y su movimiento cantonal (incluido M. Pedrote, futuro dirigente de Los Desheredados), ni las decisiones de los alcoyanos de sumarse al cantón cartagenero y su redacción de manifiestos con versiones inaceptables para la comisión federal, según la correspondencia de ésta. He abordado en detalle el movimiento cantonal en LÓPEZ ESTUDILLO, A.: *op. cit.*

de la FRE, y en las memorias e intervenciones de los delegados españoles e italianos a los congresos internacionales. Todo ello con gran antelación a la declaración en apoyo de los atentados en Rusia y la insurrección de Benevento aprobada por el congreso de Verviers (1877) -último de la AIT, y único exclusivamente ácrata, tras la retirada de los sindicalistas británicos y belgas, lasallianos y otros-, y de los encendidos elogios a la supuesta potencialidad revolucionaria de la dinamita que se pronunciaron en el congreso celebrado en Londres (1881) por anarquistas de acción europeos y norteamericanos, y un puñado de espías<sup>30</sup>.

Desde esos años coexistirán en el anarquismo hispano, a menudo conflictivamente, una compleja y cambiante gradación de posiciones que sólo ocasionalmente cristalizó en tendencias estables. Unos siguieron ligados al sindicalismo, y defenderían en las filas ácratas la conveniencia de impulsar ese ámbito de organización específicamente clasista como punto de confluencia de trabajadores con distintas ideologías, militancias y grados de radicalidad. Mirmaban que su experiencia asociativa, reivindicativa y anticapitalista crearía las condiciones para la revolución social, el grado de apoyo social necesario para que ésta no fuese impuesta a los más, y la capacitación de los trabajadores para regir de modo antiautoritario la sociedad del porvenir a partir de la gestión de los medios de producción por las secciones obreras<sup>31</sup>.

Estas posiciones fueron muy mayoritarias en el anarquismo de principios de los años ochenta y contaron siempre con bastantes defensores. A quienes las sostenían se debió preferentemente el rápido

---

<sup>30</sup> Para el período clandestino de la FRE es insustituible el libro de A. LORENZO. Sobre los congresos, ABELLÓ y GÜELL, T.: *Les relacions internacionals de l'anarquisme català* (1881-1914), Barcelona, Edicions 62, 1987, pp. 28-42, YWOODCOCK, G.: *El anarquismo* historia de las ideas y movimientos libertarios, Barcelona, Ariel, pp. 234-240. Una correcta síntesis sobre el obrerismo español en 1874-1902, en GABRIEL SIRVENT, P.: «Movimiento obrero y Restauración borbónica», en *Historia de España. La Restauración (1874-1902)*, vol. 10, Barcelona, Editorial Planeta, 1990, pp. 371-457.

<sup>31</sup> Entre ellos, Francisco Tomás, Serrano Oteiza y Lluñas i Pujals, que orientaron a la FTRE hasta 1883. También Ricardo Mella, que en 1888 luchó por la permanencia de la FTRE frente a la separación de los anarquistas de las entidades sindicales, y siguió defendiendo el principio de organización -combatido por los individualistas, y muy matizado por otros- y la militancia de los anarquistas en el sindicalismo obrero. Véanse sus artículos «Consideraciones sobre la organización», *La Anarquía*, 1 y 8 de enero de 1892; «Propaganda por la conducta», «Labor educadora» y «La acción colectiva», *Progreso*, 9, 16 Y 30 de diciembre de 1900, etc.

éxito que alcanzó el anarcosindicalismo al impulsar las sucesivas centrales sindicales de ámbito español: la FRE, la FTRE o la FRE de Sociedades de Resistencia fundada en octubre de 1900. Unas centrales cuya extensa y acelerada implantación debió mucho a su capacidad para convencer, más allá del ámbito de influencia propio del anarquismo, a importantes núcleos societarios significados por su defensa del apoliticismo societario y afiliación plural, y hasta por su declarado republicanismo<sup>32</sup>. Tal capacidad de convicción no fue ajena a su consideración del anarquismo como heredero de las luchas populares progresistas y democráticas de todo el siglo XIX –si bien la huella cultural del liberalismo alcanzaba a otros ácratas de modo semejante–, y a su predisposición a colaborar con otras fuerzas en la exigencia del respeto a las libertades. Una actitud diferenciada de la mantenida por otros ácratas, que centraron sus folletos y artículos en combatir a federales y republicanos en general<sup>33</sup>, por creer que su reformismo social y masivo apoyo popular constituía el principal obstáculo a la expansión del anarquismo y la conquista de la revolución social.

Dado que estos anarcosindicalistas se moverían generalmente en entidades con trabajadores de diversas ideologías, los manifiestos

---

<sup>32</sup> Francisco Tomás impulsó desde la federación de constructores de edificios la formación de la FTRE, cuyo primer congreso se convocó con alusiones al pacto sinalagmático, y en 1881-1883 reclutó a núcleos obreros republicanos federales muy importantes en Andalucía, muchos de los cuales siguieron con su afiliación partidista, y algunos reorganizaron sus sociedades obreras al margen de la FTRE en cuanto concluyó la represión. En marzo de 1883 la FTRE afirmó contar con *NO* federaciones, 836 secciones y 70.000 federados, sumando sus nuevos federados con los desorganizados desde otoño. En conjunto, en Andalucía he contado unos 60.000 federados sumando en cada sección/federación el dato de su momento de máxima afiliación en 1881-1883, y en España pasarían por sus filas unos 100.000. La FRE de SR de 1900 surgió del congreso obrero que convocó F. Tomás desde la madrileña sociedad de albañiles El Porvenir del Trabajo. En sus inicios participaron organizaciones ligadas al republicanismo como La Obra de Granada, Germinal Obrera de Badajoz y otras. En su impulso inicial participó el semanario *Progreso*, cuyo director, A. Lerrooux, figuró junto a F. Tomás e I. Ibarra en la comisión que justificó las cuentas de gastos e ingresos del congreso fundacional, circular del *N* de enero de 1901, *Progreso*, 3 de febrero de 1901. Tras su primer año de vida, la FRE de SR evolucionó hacia un sindicalismo revolucionario más en sintonía con otras tendencias anarquistas.

<sup>33</sup> Entre ellos A. LORENZO, que acentuó esa faceta ante el auge del republicanismo en 1886 o 1893. El reemplazo en la celebración de la efemérides de la comuna por los *mártires de Chicago*, víctimas de una república federal (EEUU) y más identificadas con el anarquismo, también tuvo esa significación.

y acuerdos orgánicos que firmaron como miembros de ellas reflejan el punto de encuentro de colectivos heterogéneos tanto al menos como sus propias ideas. De ahí el trato tan preferente que alcanzaron cuestiones que preocupaban al conjunto del societarismo obrero, como la instrucción<sup>34</sup>: las tácticas y formas de organización más adecuadas para el triunfo de las reivindicaciones laborales (federaciones de oficio, cajas de resistencia, criterios para aprobar las huelgas reglamentarias con derecho a socorros, la consideración de la huelga como instrumento de *doble filo*); la exigencia de dignidad en el trato que recibían por parte de los patronos; las libertades de asociación y otras; y un horizonte impreciso de sociedad emancipada igualitaria y libre, en cuyas definiciones del colectivismo anida en ocasiones una interpretación propia de la aristocracia obrera -**muy** presente en sus cuadros directivos y publicistas-, cuya defensa del *producto íntegro del trabajo* en la sociedad del porvenir consideraba que el trabajador cualificado gozaría de un mayor merecimiento y retribución que otros colectivos obreros<sup>35</sup>.

Con el tiempo, sus posiciones les enfrentarían a otras tendencias anarquistas. A ello conducía su defensa de la organización pública de masas frente a su instrumentalización al servicio de la agitación y la propaganda del ideal revolucionario, y su interés por definir estrategias encaminadas a mejorar las condiciones laborales en el presente. Una preocupación que condujo, por ejemplo, a proponer los contratos de aparcería colectivos para proporcionar continuidad a las secciones de trabajadores agrícolas y mejoras materiales a sus miembros en un contexto de crisis agraria. También les indispondría a otros ácratas su rechazo frontal de las prácticas terroristas e ilegalistas, tanto por convicción como por las consecuencias que se

---

<sup>34</sup> En lo que se mezcla, por una parte, una posición más ideológica, impulsora de una iniciativa cultural alternativa, con contenidos y pedagogía opuestos a los imperantes, formadora del hombre o la mujer nuevos; y por otra parte, un sentimiento muy generalizado de inferioridad ante otros grupos sociales, de queja por la descalificación que se les hacía como ignorantes, y una exigencia de instrucción básica y técnica (no necesariamente alternativa en lo ideológico) para favorecer el avance personal de los asociados, y la capacitación de éstos para la reivindicación de derechos colectivos y mejoras para su clase, y para su acción revolucionaria.

<sup>35</sup> Así lo observó, por ejemplo, en Victoriano Doctor, presidente del centro obrero de la federación local de Sevilla de la FTRE, la más importante de España, metalúrgico especializado y republicano federal de tendencia moderada en el contexto local, que fue de los primeros en responder en el congreso de Sevilla a las ideas de carácter anarcocomunista del zapatero sevillano Miguel Rubio.



derivaban para la organización pública. En momentos en que las detenciones y torturas alcanzaron a quienes se oponían a las prácticas ilegalistas, algunos de sus escritos contra los defensores andaluces de esos actos llegaron a constituir virtuales delaciones<sup>36</sup>. Por todo ello, otros anarquistas aislaron y combatieron a F. Tomás y otros defensores de estas posiciones, reduciendo su influencia en los círculos ácratas en algunas épocas. Algo que les llevó a centrar sus esfuerzos en acciones de carácter cultural más abiertas a los sectores progresistas en general (Llunas), o en sociedades obreras con desigual presencia de libertarios, con las que participarían en movilizaciones y proyectos organizativos generales como la campaña por las ocho horas en 1886, o el congreso amplio de 1891 y la agitación preparatoria del 1 de mayo en 1890-1892.

Otros anarquistas fueron optando por una definición más claramente ideológica de sus plataformas organizativas, y por un mayor eclecticismo respecto a los procedimientos de lucha. En ello subyacía un cambio en el sujeto revolucionario y en el modelo de sociedad del porvenir heredado del sindicalismo belga por la FRE, aunque tardó en definirse con claridad. Tanto la FRE de la época clandestina como la organización revolucionaria anarquista Los Desheredados (en cierto modo su heredera y también secreta, de corta y militante hueste, y partidaria de la *propaganda por el hecho*) sin menospreciar su infiltración y proselitismo en asociaciones de carácter público) dejaron de considerar el sindicalismo como el agente de la revolución, abandonaron los debates sobre quién debía considerarse obrero -que ya habían hastiado a Morago, García Viñas y a otros en los congresos públicos de la FRE, y prosiguieron en la FTRE-, y pensaron en una insurrección popular y campesina menos ligada a la posición en las relaciones de producción de sus participantes. En la FTRE posterior a la *marcha al Aventino* de 1884<sup>37</sup> se fue operando el mismo cambio. Su estructura se fue reduciendo a pequeñas secciones con

---

<sup>36</sup> Me refiero a las relaciones nominales de expulsados de Arcos y otras federaciones publicadas por la comisión federal de la FTRE en *Crónica de los Trabajadores*, y también en *La Revista Social*. Los expulsados, núcleos clandestinistas herederos de la FRE, que estaban organizando la asociación secreta Los Desheredados, fueron los considerados integrantes de la Mano Negra por algunos mandos policiales, fiscales y medios de comunicación que forzaron para ello documentos y declaraciones.

<sup>37</sup> La Marcha al Aventino se adoptó en respuesta a ilegalización de la FTRE y el registro de la oficina del secretario de su comisión federal. Consistió en la

individuos identificados por sus ideas, por debilidad y por voluntad de una parte creciente de quienes seguían para separarse de lo puramente sindical. Si la comisión federal argentina estuvo representada en el congreso de Los Desheredados, dejó en cambio de acudir en adelante a los de la Unión de Trabajadores del Campo, aunque siguiera identificada con el anarquismo, y *Bandera Social* y otros periódicos resumirían en pocas líneas o dejarían sin publicar sus circulares y los de otras uniones. La campaña por las ocho horas de 1886 y el debate entre diferentes uniones y tendencias del obrerismo para crear una nueva central unitaria favorecieron una colaboración en lo sindical con algunos resultados, y sin el coste que muchos ácratas consideraban, ya que suponía mantener una estructura anarcosindicalista, lo que facilitó su decisión de disolver la FTRE. En adelante, el sindicalismo de ascendente anarquista se separaría formalmente del anarquismo que creó en 1888 la Organización Anarquista de la Región Española. Su única manifestación visible, una oficina de correspondencia que mantuvo su funcionamiento al menos hasta 1900, sabemos que tradujo y publicó varios folletos y que se dedicó al registro de direcciones de grupos y sociedades anarquistas para facilitar su relación y coordinación en movilizaciones generales.

La Federación de Resistencia al Capital (1888), el Pacto de Unión y Solidaridad (1891-1893) Y la FRE de Sociedades de Resistencia a partir de su segundo año adoptaron estrategias sindicalistas revolucionarias muy distintas a las del sexenio e inicios de los ochenta. En el sindicalismo revolucionario, el espontaneísmo constituiría un medio para superar el rechazo que muchos anarquistas obreristas fueron acumulando frente a prácticas sindicales que consideraban burocráticas. En lugar muy preferente, las cajas de resistencia y las normas para acceder a sus subsidios utilizados desde el sexenio por el anarcosindicalismo para atraer al sindicalismo a sus federaciones regionales. El espontaneísmo constituiría desde fines de los años ochenta la base de una nueva relación entre anarquismo y sindicalismo, en el que éste sólo gozaría de un apoyo más circunstanciado e instrumental, y sólo de parte de los anarquistas <sup>38</sup>. Con gradaciones

---

declaración pública de desaparición de la FTRE, que fue mantenida en secreto reduciendo al mínimo las relaciones entre sus federaciones.

<sup>38</sup> Los acuerdos del congreso fundacional de la «Federación de Resistencia al Capital. Pacto de Unión y Solidaridad» de 1888, al que sólo concurrieron dos sociedades no afiliadas previamente a la FTRE, afirmaban; «entiéndase bien, hablamos

dispares, pues siempre hubo anarcosindicalistas comprometidos por igual en ambos terrenos, el anarquismo militante antepondría en adelante sus ideas y aspiraciones revolucionarias a los objetivos propios del sindicalismo. La afirmación del espontaneísmo equivalía a limitar su apoyo a aquellas secciones obreras dispuestas a transformar reivindicaciones localizadas en situaciones prerrevolucionarias mediante huelgas generales. Algo que ya caracterizó las propuestas específicamente ácratas en los iniciales primeros de mayo. También suponía anteponer la legitimidad de las iniciativas revolucionarias impulsadas por grupos anarquistas o secciones aisladas frente a las decisiones mayoritarias de afiliados o secciones, más atentos a las mejoras laborales y a la preservación de la continuidad organizativa de sus sociedades.

A partir de la disolución de la FTRE mejoró en general la relación entre las tendencias que habían ido fragmentando el movimiento anarquista por cuestiones estratégicas e ideológicas. No obstante, el incremento de su implantación y de su capacidad para articular propuestas que volviesen a centrar el debate en los medios obreros hubo de esperar a la agitación del primero de mayo, particularmente el de 1891. Su actuación conjunta en esa campaña situó de nuevo al movimiento anarquista como la vanguardia más activa en el obrerismo, aunque no conseguiría consolidar ningún proyecto sindical estable de ámbito español dada su implantación real, sus disensiones

---

de la resistencia espontánea y natural, no de la que presupone una organización universal, paciente y calculada, para alcanzar unos céntimos más de jornal o una hora menos de trabajo [ J. Esa clase de resistencia es tan ineficaz e impracticable como la cooperación [ J. Donde quiera que un oficio tenga exceso de trabajo, o malas condiciones, o el taller o la fábrica, regentados por un déspota, o donde se haya ofendido a un obrero, puede iniciarse una chispa revolucionaria que, convenientemente alimentada por la solidaridad, podría alcanzar grandes y trascendentales proporciones», *Acracia*, 15 de junio de 1888. Incluso esa concepción del sindicalismo era ya insuficiente para muchos anarquistas sin tener en consideración a los radicalmente antiorganizativos. *El Productor*, 21 de septiembre de 1888, respondería a los sevillanos que defendían mantener la militancia ácrata en entidades obreras anarcosindicalistas –y el carácter ácrata de esa central obrera– que la experiencia había mostrado «la necesidad de abandonar la resistencia para dedicarnos sólo y exclusivamente a trabajos revolucionarios», «si las sociedades [obreras] nuestras son revolucionarias, quédense en buena hora con nosotros. Si son resistentes vayan a formar con las del Pacto de Resistencia. Nadie se violenta, y ni las sociedades de resistencia cargan con nuestro peso, que ha de ser pesadilla, ni a nosotros nos estorban en nuestra marcha...».

respecto al sindicalismo y la discontinuidad de las sociedades obreras afines por la afición de parte de ellas a convertir sus demandas laborales en desafíos a las instituciones y la represión con que ello era contestado. El Pacto de Unión y Solidaridad fue casi exclusivamente catalán y tuvo limitada significación por encima de las sociedades integradas. La Organización de Agricultores de la Región Española andaluza quedó como un proyecto frustrado por la oposición de gran parte del anarquismo y la represión que siguió a los sucesos de Jerez. Sólo se consolidó una Federación de Trabajadores Agrícolas de la Región Española de ámbito catalán a partir de 1893, pero de la inicial participación libertaria pasó a su afiliación a la facción federal pimargalliana y -manteniendo su adhesión a ésta- a su participación en 1896 en el congreso de la Internacional Socialista.

El grueso de los anarquistas tendió a organizarse en grupos de afinidad y en algunas poblaciones importantes se formaron Círculos de Estudios Sociales para el debate y difusión del anarquismo. El cambio organizativo y la buena relación entre escuelas favoreció el avance del anarcocomunismo, que en España se produjo con una década de retraso por la oposición que suscitó su rechazo inicial de toda organización estable y su propensión a la violencia<sup>39</sup>. Pero no puede establecerse una nítida identificación entre la organización por grupos de afinidad y la opción ideológica o estratégica de sus integrantes. Algunos grupos defenderían opciones individualistas, opuestas a cualquier tipo de organización estable con reglas y decisiones adoptadas por mayoría. Pero otros grupos animaban la redacción y edición de publicaciones no antiorganizativas, otros coordinaban la actuación de los ácratas que militaban en entidades más amplias y heterogéneas, y muchos se formaron como única alternativa ante la imposibilidad de legalizar sociedades públicas por la intolerancia gubernativa y la presión patronal. En el campo andaluz y otros ámbitos se anunció la formación de grupos como sustitutos

---

<sup>39</sup> El lento avance del anarcocomunismo se debió en gran medida a divergencias estratégicas. Quienes en España desarrollaron prácticas ilegalistas tenían una concepción insurreccionalista de la revolución, crearon una estructura organizativa jerarquizada paramilitar, y no rechazaban el «entrismo» en la FTRE pública. Su insistencia en el colectivismo respondía además a su pretensión de presentarse como la continuación de la FRE y la AIT. Su dirigente M. Pedrote fue redactor hasta 1882 de *La Revista Social*, y años después participó en actos públicos en la sede del quincenario gaditano de Salvochea, *El Socialismo*, que publicó los últimos manifiestos conocidos de Los Desheredados.

de las secciones de oficio no toleradas, y ocasionalmente hasta impulsaron movimientos reivindicativos con éxito.

Pero esas formas organizativas tendían a favorecer que las iniciativas de los militantes neófitos o más airados no encontrasen el contrapunto en la experiencia y el equilibrio de otros. La pretensión de convertir conflictos laborales en situaciones prerrevolucionarias fue respondida con amplias represiones preventivas ante los primeros de mayo. La algarada jerezana de enero de 1892 con cuatro ejecuciones y centenares de presos. Los escritos de muchos anarquistas insertados en su prensa definían una situación de creciente desesperación y apoyo a acciones de represalia, que se vería favorecida por el ejemplo de *Ravachol* y el terrorismo ácrata internacional en general. Quienes defendían la propaganda por el hecho se acabarían imponiendo por la dinámica que generaban sus procedimientos. El resto del movimiento se encontró con los hechos consumados, y con una represión violenta y muy indiscriminada que limitaba otras formas de intervención y provocaba nuevos motivos de agravio. Más significativos que los escasos ejemplares de las publicaciones abiertamente partidarias de la propaganda por el hecho (*Ravachol*, *La Controversia*) sería la evolución de las publicaciones de mayor difusión, eclécticas en los procedimientos y no opuestas a la organización pública (*La Anarquía*) *El Corsario*), que tras la secuencia de atentados y persecuciones presentaron como héroes a los autores de atentados terroristas en España y otros países y abrieron suscripciones en favor de sus familias. Muchos anarquistas seguirían rechazando esas prácticas, pero ante el desatino de la represión -con inocentes que confesaron su autoría mediante torturas y fueron ejecutados tras imputárseles nuevos delitos supuestos cuando los verdaderos culpables confesaron- sólo alzaron su voz con rotundidad frente a las bombas con resultados más crueles e indiscriminados <sup>40</sup>.

---

<sup>40</sup> «Si el triunfo de nuestras ideas hubiera de tener por pedestal los cadáveres de indefensas mujeres e inocentes niños, renunciaríamos a él. Conocidas nuestras opiniones de muy antiguo respecto de este punto concreto, esta nueva manifestación nuestra obedece a honrados impulsos de conciencia, que no nos permite asociarnos ni tener género alguno de relación con los que pretenden imponer por el terror lo que es obra de razón y de convencimiento», *La Idea Libre*, 12 de junio de 1896. También Lluís protestó contra las bombas en 1893 desde *La Tramontana*, suscitando las iras de *La Controversia*, 7 de octubre de 1893. Véase sobre el tema, NÚÑEZ FLORENCIO, R.: *El terrorismo anarquista, 1888-1909*, Madrid, Siglo XXI, 1983.

El estudio de la distribución espacial del anarquismo y las reflexiones sobre las razones del arraigo de este movimiento en colectivos obreros específicos ha tendido a apoyarse en los censos de secciones y federados de la FRE y la FTRE. El procedimiento es incorrecto dada la heterogeneidad ideológica de los afiliados a esas federaciones. Exagera además el predominio del anarquismo catalán en 1872-1873, cuando lo que predominó fue su sindicalismo. También magnifica la preponderancia del anarquismo andaluz en 1882-1883, cuando la FTRE consiguió allí ser la heredera más directa del cantonalismo y el referente casi exclusivo del sindicalismo, en tanto que el sindicalismo catalán en su mayoría participó en proyectos alternativos a la FTRE, incluido gran parte del que fue internacionalista. Pero esos censos societarios permiten advertir la intensa concentración espacial de la influencia del anarquismo decimonónico y sus principales núcleos de implantación. El anarquismo decimonónico contó con dos grandes focos en el arco mediterráneo. Las provincias costeras catalanas por un lado, y por el otro Cádiz, Málaga y Sevilla, con el añadido de otros núcleos más aislados en el resto de Andalucía que sólo ocasionalmente alcanzaron importancia. Esos focos se alternaron como núcleo más nutrido del anarquismo hispano, llegaron a concentrar 9/10 partes de los federados (congreso de Sevilla), y hasta en las peores circunstancias contaron cada uno con grupos de militantes en dos o más decenas de poblaciones, ya integrados en las federaciones del momento o al margen de éstas. Entre Valencia y Alcoy habría un núcleo de dimensiones muy inferiores a los precedentes y concentrado en corto número de poblaciones, cuya importancia en algunos sucesos del sexenio puede llevar a que se exagere su peso en la historia del anarquismo decimonónico<sup>41</sup>. En el resto de España predominaría un dilatado vacío con pocos y aislados militantes y suscriptores de prensa anarquista, salpicado por el corto número de núcleos militantes, entre los que sobresalían los de Madrid,

---

<sup>41</sup> En el congreso de Sevilla de 1882 la comarca contaba con 12 federaciones, 32 secciones y 2.355 afiliados (4 por 100 del total). En la elección de delegados a la conferencia anarquista de Chicago votaron desde siete poblaciones 255 ácratas valencianos (6,5 por 100 del total). En la FRE de Sociedades de Resistencia aportaron a su congreso de 1900, de 236 sociedades representadas o adheridas 31 (17 de las cuales reunían 3.542 asociados). Una vez que la FRE de SR acentuó su carácter sindicalista revolucionario y anarquista, aportaron siete sociedades de 224 en octubre de 1901; 24 de 415 a fines de 1902; y dos sociedades y ninguna a los congresos de 1903 y 1905, respectivamente.

A Coruña, Zaragoza y Valladolid. Unos núcleos ácratas activos y que mantendrían su continuidad durante décadas a pesar de su aislamiento, y cuya importancia en la historia del anarquismo superó ampliamente el peso relativo que tuvieron las secciones de oficio que aportaron a las sucesivas centrales sindicales anarcosindicalistas <sup>42</sup>.

Esa aproximación sigue siendo deficiente como fundamento para el análisis de las claves sociales, ideológicas u otras del arraigo del anarquismo en esas áreas. Durante esas décadas se produjeron importantes mutaciones ideológicas, organizativas y estratégicas y el movimiento se fragmentó en un haz de tendencias muy heterogéneo. La estabilidad a grandes rasgos en las áreas de implantación del anarquismo oculta por ello casi tanto como muestra. La estabilidad aparente de su implantación, que permitiría relacionar la base ideológica común del movimiento y su adecuación a unas realidades sociales dadas (por más que en casi todos los casos se tratase de una de las varias respuestas organizadas), coexistió además con variaciones bruscas en el peso relativo de cada una de las áreas de influencia, en la proyección más urbana o más rural del anarquismo y en los colectivos obreros en los que se apoyó en cada población. En poblaciones muy significativas en la historia del anarquismo se produjeron eclipses muy duraderos. Se reorganizaron en ellas importantes sociedades obreras, pero hostiles al anarquismo, al que acusaban de haberles instrumentalizado y provocado la represión en el pasado (entre otros muchos ejemplos: Sanlúcar de Barrameda, Arcos de la Frontera, muchos pueblos de la serranía de Ronda, el sindicalismo barcelonés de inicios de los años ochenta o el de las capitales andaluzas desde

---

<sup>42</sup> Madrid publicó gran parte de la prensa internacionalista y anarquista de mayor difusión y continuidad, como *La Solidaridad*, *La Emancipación*, *El Condenado*, *La Revista Social*, *Bandera Social*, *La Anarquía* o *La Idea Libre*. En A Coruña se editó, entre otros, *El Corsario* (1891-1896), que en sus últimos años era la publicación ácrata de mayor difusión y no exclusivamente teórica. La aportación de esas cuatro ciudades a la FTRE fue modesta, pues sólo aportaron 477, 636, 618 y 794 afiliados (un 4,4 por 100 del total). Pero gozaron de mucha mayor estabilidad que otros núcleos, y de los 3.913 ácratas que participaron en España en la elección de los delegados a la conferencia de Chicago en el verano de 1893, esas ciudades aportaron 67, 232, 192 y 66 anarquistas (un 14,2 por 100 del total), por 1.631 catalanes y 1.173 andaluces, *El Productor*, 17 de agosto de 1893. Aproximaciones gráficas a la distribución de los efectivos de la FRE y la FTRE en TERMES, J.: *op. cit.*, pp. 181, 191, 273 y 302-303; los mapas de R. Lamberet a la obra de NETTLAU, M., *op. cit.*; y en la reciente reelaboración de éstos como apéndice de *Antología documental*, *op. cit.*

1883). Debido a esas mutaciones, el anarquismo ha sido caracterizado a veces como un movimiento de trabajadores cualificados e instruidos atendiendo al peso de esos colectivos en la FRE del sexenio, aunque ello reflejó más la precocidad con que esos colectivos se asociaron que su cercanía al anarquismo. Mucho más continuada sería la militancia anarquista de los trabajadores agrícolas, incluidos pequeños propietarios y colonos durante la crisis agraria finisecular, que concluyó por centrarse en los trabajadores de los cortijos frente a los viticultores del Jerez, relativamente cultos y bien remunerados. En las ciudades acabaría siendo muy importante el peso de los obreros de la construcción (Madrid, Málaga, Jerez...), en menoscabo de otros oficios numerosos cuyas sociedades se mantuvieron al margen del anarquismo.

En realidad, la estabilidad en la influencia del anarquismo es cierta principalmente cuando se piensa en grandes agregados territoriales. Una constatación que advierte de la dificultad que encontró para penetrar en nuevas áreas. El tema es complejo para abordarlo en unas líneas. Pero quizás guarde relación con la escasa atención que prestó el anarquismo por la organización sindical en las décadas en las que se produjo en la cornisa cantábrica su industrialización y el desarrollo entre sus trabajadores de prácticas sindicales y una primera ideologización socialista y, más adelante, con el muy reducido interés que la CNT mostró por su proyección entre el campesinado cuando éste accedió masivamente a las organizaciones sindicales y socialistas.